Benjamín Martín Sánchez
Canónigo de la S.I. Catedral de Zamora

LA ESPERANZA EN LA OTRA VIDA

Espera en el Señor y
practica el bien (Sal. 37, 3)

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 SEVILLA
www.apostoladomariano.com

ISBN: 84.7770-133-4
D.L.: Gr. 5.214-2003
Impreso en España - Printed in Spain

Presentación

Después de haber escrito un libro sobre el *Valor de la fe* y otro sobre *"La caridad cristiana,* me ha parecido oportuno escribir uno más, y es el presente, sobre "La esperanza en la otra vida" y así completar el estudio sobre las virtudes teologales, que son las más importantes de la vida cristiana por ser base y fundamento de todas las demás.

El oficio de estas tres virtudes es "unirnos íntimamente a Dios" como Verdad infinita, como Bienaventuranza suprema y como sumo Bien en sí mismo, y ellas son las que dicen relación *inmediata* a Dios; todas las demás se refieren inmediatamente a cosas distintas de Dios. De aquí la suprema excelencia de las virtudes teologales.

La esperanza de la cual vamos a tratar es una virtud que nos ayuda a consolarnos en los trabajos y amarguras de la vida, pues al saber que la tierra en que vivimos es un lugar de destierro y un valle de lágrimas y de miserias, y que el dolor es una ley universal e inevitable, la esperanza cristiana nos viene a recordar que todos los sufrimientos no son nada en comparación de la glotia que ha de manifestarse en nosotros (Rom. 8, 13) y que, si sabemos soportarlas santamente, estas momentáneas y ligeras tribulaciones nos preparan el peso eterno de una sublime e incomparable gloria (2 Cor. 4, 17).

Los cristianos vivimos con la esperanza de conseguir el cielo o vida eterna, y ¿por qué vivimos con esta esperanza si no hemos visto la otra vida? Porque, como veremos, nos ha sido prometida por el mismo Dios que no miente (Tit. 1, 1). *"Esta es la promesa que El nos hizo, la vida eterna"* (1 Jn. 2, 25).

Nuestra vida es pura esperanza, después será gloria eterna. Vivamos pues, con esta esperanza. *"Espera en el Señor y practica el bien"* (Sal. 37, 3).

Benjamín MARTIN SANCHEZ

Zamora, 1 enero 1988

Fe, Esperanza y Caridad

He aquí las tres virtudes llamadas "teologales", por ser las que hacen relación *inmediata* a Dios.

San Pablo nos habla de ellas, y dice que la mayor, la más excelsa es la caridad (1 Cor. 13, 13), y ciertamente así es según el orden de perfección por ser la que más nos une íntimamente con Dios, y por ser la única que permanece en el cielo.

La caridad, pues, es una virtud eterna, y la fe y la esperanza son temporales, pues éstas desaparecen en el cielo al ser sustituidas por la visión de Dios. El apóstol lo dice así: *"La esperanza que se ve, ya no es esperanza, porque lo que uno ve ¿cómo lo va a esperar?"* (Rom. 8, 24).

En consecuencia: En la otra vida con la visión y posesión de lo que hemos esperado, desaparecen la fe y la esperanza, y permanece sólo el amor.

La fe es fundamento de la esperanza

Conviene advertir que *la fe* es la primera virtud cristina en cuanto que es el fundamento de la vida sobrenatural, pues todas las virtudes e incluso la caridad presuponen la fe. San Ambrosio lo dice así: "La fe es el fundamento sólido de todas las virtudes". Y en hecho de verdad bien podemos decir: Si

se nos quita la fe, ¿qué virtudes nos quedan especialmente cristianas? ¿Cómo hemos de esperar en Dios y amarle, si no creemos en El? ¿Y cómo podremos guardar la humildad y ser castos..., si no creemos que Dios nos impone estas virtudes con expreso mandamiento, reservándonos castigos en caso de infracción?...

Sin fe, pues, no puede existir ninguna virtud, como sin fundamento no puede existir ningún edificio...

La consecuencia de este principio es que la raíz o fundamento de la esperanza es la fe, y esto nos lo confirma la misma definición que San Pablo nos da de la fe al decir: *"Fe es "sperandarum rerum substantia", esto es, fundamento de las cosas que esperamos conseguir, "argumentum non aparentium" =argumento o prueba (o mejor dicho "convencimiento") de las que no se ven* (Heb. 11, 1).

Sin la base o fundamento de la fe, sin este convencimiento, no es posible esperar ni amar. Si yo no creo que hay un Dios que me ha creado, que quiere que todos se salven, y que para esto ha venido El a este mundo y ha muerto por nosotros, y que NOS PROMETE UNA VIDA ETERNA y feliz si cumplimos sus mandamientos, y que nos da la gracia para poderlos cumplir... Si no creo, en una palabra, en la otra vida y en los bienes que me promete, ¿cómo voy a esperar en ellos? (Remito a mi libro: "Valor de la fe cristiana", el que comprenda qué es la fe y el porqué debo creer en la otra vida, comprenderá fácilmente el porqué esperamos en ella).

La esperanza nos fortifica y sostiene

La esperanza nos sostiene y da fuerzas para saber sufrir con paciencia todos los trabajos y todas las empresas...

—El obrero trabaja porque espera recibir la recompensa o salario de su trabajo...

—El labrador vive con la esperanza de recoger el fruto de la tierra que ha sembrado (Sant. 5, 7-8); así nosotros hemos de vivir esperando aquella vida que Dios ha de dar a los que no abandonan su fe.

—Ved el atleta, el soldado... ¿qué los sostiene y los hace tan fuertes y heróicos? La esperanza de ganar un premio y de merecer la distinción prometida... La esperanza es la que hace hombres laboriosos y emprendedores y negociantes activos... La vida es una trama de esperanzas...

"Nada alimenta y fortifica el alma como la esperanza" (S.J. Crisóstomo). El deseo innato de felicidad nos hace aspirar a un premio...

Mas notemos que hay dos clases de esperanza: la natural y la sobrenatural. *La esperanza natural o humana,* se mueve por conseguir algo dentro de los estrechos límites del tiempo y consiste en llegar a conseguir un bien difícil y posible, y se apoya en sus propias fuerzas y en la ayuda de otros y así lo hace el que espera conseguir una fortuna o adquirir ciencia o algún puesto; más la *esperanza sobrenatural*, de la que vamos a hablar, mira a la vida futura y eterna, y se apoya en Dios.

La esperanza en el más allá

Esta es la verdadera esperanza, que se apoya en el auxilio o gracia de Dios, pues como nos dice Jesu-

cristo: *"Sin Mi nada podéis hacer"* (Jn. 15, 5), y es necesario que cooperemos como un San Pablo: *No yo sino la gracia de Dios conmigo"* (1. Cor. 15, 10)...

Así como la áncora hace que el barco quede sujeto y fijo, así la esperanza cristiana es como una áncora del alma que nos libra de las tempestades de las pasiones... La esperanza es la que ha hecho apóstoles, mártires y santos, y es la que hace sufrir con paciencia nuestros trabajos con la confianza del cielo.

La esperanza cristiana es la que mueve a mucha jóvenes a renunciar al mundo y a sus vanidades y consagrarse a Dios en un claustro... o bien se entregan por El al servicio de ancianos o enfermos en asilos y hospitales... o se dedican al apostolado de la enseñanza o catequesis en las misiones... Y al igual que ellas, con fines siempre sobrenaturales, no faltan jóvenes que queriéndose entregar al servicio de Dios y de sus hermanos los hombres, se sacrifican y se hacen sacerdotes y misioneros para conducir a otras muchas almas al cielo que Dios tiene prometido a todos los que sirven y le aman, pues *"no tenemos aquí una ciudad fija, sino que vamos en busca de una que es eterna"* (Heb. 13, 14).

Nuestra esperanza debemos tenerla en Dios

La esperanza en Dios es la que tiene valor. "Yo sólo espero en Dios, dice San Agustín. Vosotros que ponéis vuestra esperanza en el dinero, la ponéis en la vanidad. los que la ponéis en los honores, la ponéis en la vanidad y los que hacéis descansar vuestra esperanza sobre un poderoso amigo, la ponéis tam-

bién en la vanidad. Cuando esperáis en todas estas cosas, o las perdéis, dejándolas con la muerte, o desaparecen por sí mismas mientras vivís y vuestra esperanza es vana''.

San Bernardo hablaba así al papa Eugenio: ''Os lo digo, Santísimo Padre, sólo Dios es al quien nunca buscamos en vano, siempre lo hallamos si lo buscamos con la esperanza. Y no sólo nada hemos de esperar fuera de El, sino que es preciso también buscarle a El sólo''.

Sólo nuestra esperanza en Dios es lo que nos puede hacer felices. *''Si nuestra esperanza,* dice San Pablo, *se limitase solamente a esta vida, seríamos los más miserables de todos los hombres''* (1 Cor. 15, 19). *Pero nosotros vivimos ya como ciudadanos del cielo, de donde asimismo esperamos al Salvador, nuestro Señor Jesucristo, el cual transformará nuestro cuerpo vil, haciéndole semejante al suyo glorioso con la energía del poder por medio del cual puede dominarlo todo''* (Fil. 3, 20-21).

''El que espera en Dios, es feliz'', dicen Los Proverbios (16, 20). ''He aquí lo que nos dice la fe: Dios prepara a sus servidores bienes inmensos e incomprensibles; para mí estan reservados, dice la esperanza; en su busca corro, dice la caridad'' (S. Bernardo).

Sin esperanza no hay felicidad en la tierra, como no hay cielo sin amor. La esperanza nos hace vivir en la tierra; el amor nos hace vivir en la eternidad. Allí nos conduce la esperanza de la eterna dicha; y conduciéndose a la eterna dicha, la esperanza constituye además la felicidad del hombre en la tierra.

La esperanza constituye toda dicha, ya en las cosas del tiempo, ya en las espirituales... ¿Por qué es

tan horrible el infierno? Porque no cabe allí la esperanza. Si allí tuviera cabida, el infierno dejaría de ser infierno, y se convertiría en paraiso...

Nuestra esperanza en las empresas de esta vida, debe tener puesta la mira en Dios, por cuanto la alegría nace de un trabajo o empresa realizada. Tenemos un ejemplo en el descubrimiento de América. Erase en la noche del 11 al 12 de octubre de 1942. Después de una navegación larga, penosa, incierta, el guardia marino de la *Pinta*, una de las carabelas de Cristobal Colón, descubrió a lo lejos una luz. Da la noticia; y con el grito de júbilo: "¡Luz, luz, tierra, tierra!", se postra de hinojos la tripulación para cantar un *Te Deum* por haber alcanzado finalmente su meta, por haber encontrado tierra. La primera isla que se descubrió fue bautizada por el mismo Colón con el nombre de "San Salvador".

"La esperanza viva en Dios da al alma animosidad y levantamiento a las cosas de la vida eterna, que en comparación de lo que allí se espera, todo lo del mundo le parece como es la verdad, seco, lacio y muerto y de ningún valor" (S. Juan de la Cruz).

¿Qué es la esperanza cristiana?

Después de lo que llevamos dicho de esta virtud conviene demos una definición de ella:

La esperanza es una virtud sobrenatural por la cual confiamos obtener con toda certeza el cielo o vida eterna y las gracias necesarias para merecerla aquí en la tierra con las buenas obras.

Vamos a explicar esta definición:

1) *Es una virtud sobrenatural.* Conviene notar que en esta definición no mencionamos la esperanza

en algo terreno o mundano: vg. la salud o riquezas, honores y placeres, sino únicamente la espera de bienes sobrenaturales, es decir, los celestes y divinos. Y por eso esta virtud se llama "teológica o sobrenatural" porque se refiere sólo a Dios y a la bienaventuranza o a los medios para conseguirla.

En resumen, esta virtud se concreta en esperar *la gloria* o bienaventuranza eterna y *la gracia* o medios para conseguirla, pues todo lo que esto no sea o no conduzca a dicho fin, es tenido por deleznable, ruin y mezquino.

2) *Por la esperanza confiamos obtener con toda certeza el cielo...* Decimos "con toda certeza", porque la esperanza sobrenatural recibe y participa de la misma certeza de la fe, con la cual creemos de un modo ciertísimo más que si lo viéramos, que Dios es Omnipotente y misericordioso y fiel en sus promesas.

El cielo es el objeto primario término de la esperanza, pues por esta virtud tendemos al fin supremo de la vida, esto es, a la felicidad sobrenatural del cielo que es la participación de la felicidad misma de Dios, o, para expresarlo mejor, por la esperanza tendemos a Dios, nuestro fin, nuestro bien, nuestra felicidad; y tendemos a El no con la incertidumbre y vaivén de las esperanzas humanas, sino con la seguridad inquebrantable de quien se apoya en la palabra de Dios.

El término de la esperanza está en la patria, porque es la eterna y plena ocasión de Dios, porque tenemos la divina promesa que no engaña, porque primero pasaran los cielos y la tierra que la palabra de Dios, y ¿qué es lo que nos ha dicho Dios, cuál es

su promesa? *"Esta es la promesa que El nos hizo la vida eterna"* (1 Jn. 2, 25).

Seguramente iremos al cielo y debemos esperar en él, porque Dios omnipotente y bueno *nos lo ha prometido y porque El es fiel en sus promesas y no miente* (Heb. 10, 23; Tit. 1, 1-2).

3) Las gracias necesarias. Cristo nos ha prometido su *gracia*, esto es, el auxilio del Espíritu Santo para poder conseguir la eterna felicidad, pues El quiere que todos los hombres se salven (1 Tim. 2, 4)...

De la firmeza con que esperamos la vida eterna se desprende, por legítima consecuencia, la firmeza con que debemos esperar todos los medios necesarios para alcanzar esa felicidad.

Notemos que el Señor nos da los deseos de obrar el bien y también los auxilios para obrar bien, pero quiere que también nosotros queramos el bien y obremos el bien, es decir, Dios quiere nuestra salvación, y nosotros la conseguiremos indefectiblemente, si respondemos a sus divinos llamamientos, si cooperamos a los impulsos de la gracia, y nos aplicamos a labrar con nuestras buenas obras la corona de la gloria. Hemos, pues, de poner una confianza sin límites en el Señor, pero temamos nuestra flaqueza y trabajemos incansables *"con temor y con temblor"*, como dice San Pablo (Fil. 2, 12) en la incomparable obra de nuestra salvación eterna.

En consecuencia: no sólo los buenos, sino también los pecadores, pueden y deben esperar su eterna dicha, arrepintiéndose debidamente; y mientras uno vive, por perverso que sea, jamás debe perder del todo la esperanza; porque hasta el último momento ofrece Dios su misericordia, ya que El dice: *"No quiero la muerte del pecador, sino que se convierta*

y viva" (Ez. 33, 11 ss). Nuestro deber, si queremos salvarnos y lograr la eterna bienaventuranza del cielo, es procurar vivir siempre en gracia de Dios, pues El nos pide que cooperemos de nuestra parte.

Todos debemos esperar conseguir la gloria eterna, porque para ella nos ha creado el Señor, y no nos exige cosas imposibles, sino, como dice San Agustín, "nos manda que hagamos lo que podamos y pidamos ayuda en los que no podamos, y está siempre dispuesto a ayudarnos con sus gracias".

El objeto y fundamento de la esperanza

Añadiremos algunos conceptos más a los ya expuestos. La esperanza tiene un doble objeto: La vida eterna y los medios necesarios para llegar a ella. Son, además, objeto de la esperanza, aunque secundario, todos los otros bienes de este mundo, en cuanto que son útiles para la salvación.

Entre los primeros bienes tenemos el de la gracia santificante que nos hace hijos de Dios y herederos del cielo, y luego las cosas buenas y honestas de este mundo, como son la salud y lo necesario para mantenernos, porque sabemos que Dios tiene providencia de todo, y Jesucristo nos dice: *No tengáis angustiosa solicitud sobre vuestra vida, por lo que habéis de comer, ni por vuestro cuerpo con que os habéis de vestir, pues vuestro Padre sabe que necesitáis todas estas cosas. Y luego nos llama la atención hacia las avecillas del cielo, que Dios mantiene, y a los lirios del campo, que viste; por lo cual mucho más tendrá solicitud de los hombres* (Mt. 6, 25-32).

Los santos estuvieron a veces en grandes apuros,

faltos de aliento, de techo, de vestido, etc. Mas se acordaban de las promesas de Cristo y estaban sin miedo, y, en efecto, la ayuda de Dios no les faltó.

Debemos, por consiguiente, esperar firmísimamente que jamás la Providencia de Dios nos ha de abandonar, y que aun los trabajos y contrariedades de la vida, y todos los sucesos, prósperos o adversos, son ordenados por Dios a nuestro mayor bien espiritual y a nuestra eterna salvación, cumpliéndose aquellos de San Agustín: que "Dios es tan bueno, que no consentirá ningún mal si no fuera para sacar de él mayor bien".

Cristo, además de prometernos los *bienes necesarios* para conservar la vida, nos ha prometido también *el perdón de los pecados* si nos convertimos y queremos corregirnos, pues dice: *En el cielo habrá más alegría por un pecador que hace penitencia, que por noventa y nueve justos que no la necesitan* (Lc. 15, 7).

En las parábolas del hijo pródigo y de la oveja perdida, muestra Cristo cuán pronto está Dios para perdonar a los pecadores. "Dios no mira a lo que el hombre ha hecho, sino a lo que quiere hacer" (S. Agustín). "Mientras uno está en esta vida, no es todavía tarde para la penitencia" (S. Cipriano). Aun el ladrón en la cruz, obtuvo perdón. *"Dios no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva"* (Ez. 18, 32).

Cristo nos ha prometido *auxilio* en las necesidades; y así cuando los apóstoles temieron en la tempestad, los corrigió diciéndoles: *"¿Por qué teméis hombres de poca fe?"* (Mt. 8, 26). Dios se llama a sí mismo *"Auxiliador en la tribulación"* (Sal. 46, 2). Cristo nos ha prometido *oír nuestras oraciones*

pues dice. *"Cuando me pidiéreis alguna cosa en mi nombre, la haré"* (Jn. 14, 14), y en otro lugar: *"Cuanto pidiéreis a mi Padre en mi nombre, os lo concederá"* (Jn. 16, 23).

Como podemos ver en el Evangelio, nos enseñó, en *el Padrenuestro,* a pedir los bienes mencionados, a su Padre celestial.

En cuanto *al fundamento de nuestra esperanza,* diremos que éste no es ni puede ser el valimiento de los hombres, pues todo el poder humano es una débil caña que se quiebra, y el brazo que se apoya en ella se rompe. El fundamento de nuestra esperanza es Dios. Esta es la base sólida, que jamás puede fallar. *"La esperanza no confunde" (Rom. 5, 5),* dice San Pablo. Este fundamento es doble. Primeramente, la bondad infinita de Dios, pues por ser infinitamente bueno nos sacó de la nada sin que nadie se lo pidiera ni El nos necesitase para nada, y nos destinó a hacernos eternamente felices. Por tanto, ya eso por sí basta para que descansemos confiados en sus brazos paternales, diciendo, según frase del Padre Granada: *"Dios me dio lo que tengo, El me dará lo que me falta".*

Pero hay más; hay un segundo fundamento solidísimo de nuestra esperanza, y es la promesa expresa del mismo Dios, que nos dice como Abraham: *"Yo soy tu protector, y tu recompensa es grande en verdad"* (Gén. 15, 2), y los ofrecimientos cien veces repetidos de Jesucristo que nos dijo: *"Pedid y recibiréis".*

En consecuencia: sabemos que Dios nos ha creado para el cielo, y sabemos por otra parte que Dios es infinitamente poderoso y fiel para poder y querer cumplir sus promesas: luego nuestra esperanza de ir

al cielo está fundada sobre bases infalibles. Iremos al cielo si no ponemos obstáculos para llegar a él.

Cualidades que debe tener nuestra esperanza

Nuestra esperanza debe ser ante todo *firme,* pero sin presunción. *Firme* por que por parte de Dios no ha de faltarnos el cielo; *sin presunción,* porque por nuestra parte puede faltar, como luego diremos.

Nuestra fe debe ser *divinamente atrevida,* respecto del *objetivo* de nuestros esfuerzos, pues no nos apoyamos en fuerzas humanas, sino en Dios. Esperamos cosas que sobrepujan infinitamente a nuestra capacidad natural, como es el ver un día a Dios *tal cual es"* (1 Jn. 3, 2) *"cara a cara"* (1 Cor. 13, 12), participar de su dicha, y para lograrlo los medios sobrenaturales de la gracia, y también medios del orden natural. El hombre mortal espera... la resurrección; el hombre lleno de miserias espera... la dicha eterna; el hombre pecador espera... la remisión de los pecados; el hombre, mísero gusano de la tierra espera... reinar juntamente con el Hijo de Dios. *"Dios nos ha llamado a su reino y gloria"* (1 Tes. 2, 12). *"Los justos resplandecerán como el sol en el reino de su Padre"* (Mt. 13, 43). *"Siendo hijos, somos también herederos; herederos de Dios, coherederos de Cristo, supuesto que padezcamos con El para ser con El glorificados"* (Rom. 8, 17). Estas son esperanzas atrevidas, pero debemos tenerlas; por esto nos infunde Dios la virtud divina de la esperanza.

Nuestra fe debe ser *divinamente fuerte* con respeto a *su fundamento,* pues esperamos no porque no-

sotros seamos buenos, sino porque es bueno *Dios*. Es infinitamente bueno y misericordioso, y nos prometió todas estas cosas. San Agustín decía: "Toda mi esperanza estriba en tu sola y grandísima misericordia".

Nosotros, naturalmente, como ya tenemos dicho, hemos de cooperar para lograr el objetivo de nuestra esperanza, pero siendo ésta tan elevada, debe apoyarse en Dios; tal es la virtud sobrenatural de la esperanza. La esperanza de los santos... ¡qué fuerza! ¡qué firmeza!...

Ejemplos de algunos santos

—*Santa Teresa de Jesús:* "Podrá ser venga algún día cuando le cante mi gloria, y no sea compungida mi conciencia, donde ya cesarán todos los suspiros y miedos; más, entretanto, en esperanza y silencio será mi fortaleza (Is. 30, 15). Más quiero vivir y morir en pretender y esperar la vida eterna que poseer todas las criaturas y todos sus bienes que se han de acabar. *No me desampares, Señor, porque en Ti espero, no sea confundida mi esperanza* (Sal. 31, 1). Sírvate yo siempre, y haz de mi lo que quisieres" (Final de las "Exclamaciones").

—*San Juan de Avila,* en una carta dirigida a una señora casada, esforzándola a que lleve con paciencia del Señor los trabajos: "El justo, señora, de la fe vive, y el Señor le manda que espere, aunque haga tardanza, y promete que vendrá; más si, el justo tiene reloj que da muy aprisa las horas, y le parece pasarse el tiempo sin que Dios le remedie, decirle han lo que en Isaías 1, 28. El que creyese no se dé prisa,

sino ponga su salud en la longanimidad, como dice San Pedro. El Señor vendrá, señora, y la consolará.

—*Juan de Ribera,* el santo arzobispo de Valencia, tenía tan firme esperanza, que se le oyó hablar de su salvación, como si en ella no tuviera la menor duda. Según lo notó su confesor, poco antes de su muerte dichosa, en que habiendo observado tenía muy fijo su entendimiento en un acto de meditación profunda, preguntándole en que pensaba, levantando las manos hacia el cielo, y poniendo los ojos en aquella celestial Patria, todo alegre y riéndose, sin perderla de vista, le dijo, deseoso de verse ya en ella: "Vamos allá, vamos allá".

—*Monseñor Luis Stepinac,* internado en Krasic, observa el 29 de noviembre de 1952 que la policía redobla vigilancia en torno de la casa en que vive. El no sabe el motivo: su nombramiento de Cardenal. Un periodista le visita en esta ocasión y le pregunta si la situación de la Iglesia ha mejorado desde hace un año (desde el traslado de la prisión a la mentada localidad). El nuevo Cardenal le contesta: "La situación continua difícil, pero la Iglesia sabe esperar".

—*Santa Teresa del Niño Jesús:* "Aunque tengamos que ser muy puros para comparecer ante la santidad de Dios, también sé que precisamene este Dios es infinitamente justo; y esta justicia que infunde miedo a tantas almas, es para mí objeto de alegría de confianza. Ser justo significa no solamente usar de serveridad para con el reo, sino también reconocer las rectas intenciones y premiar la virtud. Espero tanto de la justicia de Dios como de su misericordia".

—*San Francisco de Sales,* escribiendo a la santa

Madre Chantal, le decía: "¡Oh, cuánto se debe desear la eternidad, a trueque de las miserables vicisitudes de este mundo!... Todos los días mi alma se enciende en el amor y estimación de las cosas eternas... Dejemos correr el tiempo, con el cual corremos también nosotros, poco a poco, para ser transformados en la gloria de los hijos de Dios... La eternidad es incomparablemente amable, porque su duración no tiene fin, sus días son sin noches, y sus contentos invaribles... Mirando cómo este mundo y sus falsos bienes se desvanecen ante nuestros ojos, renococemos cuán desacertados vamos en poner nuestros afectos y en esperar los contentos en parte alguna que no sea Dios y su eternidad".

Tal ha sido el anhelo de todos los Santos ante la esperanza de tan grande dicha: San Pablo deseaba ser desatado de las ligaduras del cuerpo y volar al cielo para estar con Cristo (Fil. 1, 23). Y Santa Teresa de Jesús exclamaba enajenada:

"Vivo sin vivir en mi,
y tan alta vida espero,
que muero porque no muero".

¿Qué necesitamos para conseguir el cielo?

Para conseguir el cielo se necesitan dos factores: Dios y nosotros; Dios por su parte, no faltará, es cierto; pues en todos los instantes y a todos nos da las gracias necesarias para evitar el pecado y para salir de él si hubiéramos caído; pero por nuestra parte faltamos muchas veces, no cooperando a las gracias o abusando de ellas, y dejándomos llevar del

impulso de nuestras pasiones o de las sugestiones del demonio.

De donde se sigue, que contra la obligación que el primer precepto del Decálogo nos impone de esperar en Dios, se peca de dos maneras: por desesperación y por presunción; por no confiar lo bastante en Dios y por confiar demasiado en nosotros mismos...

1) La desesperación

Por lo que hace a la desesperación diremos que comete un gran pecado todo aquel que cree que son tantos y tan grandes sus pecados que Dios no se los perdonará, aunque puede perdonárselos. Tal fue el delito de Caín, quien después de haber dado muerte a su inocente hermano Abel, reconvenido por Dios de su delito contestó: *Mi iniquidad es tan grande que no merece perdón* (Gen. 4, 13). Pero si se arroja a la desesperación porque cree, o que Dios no tiene poder, o que la Iglesia no tiene autoridad, que ha recibido de Jesucristo, para perdonar sus pecados, en este caso, además del pecado de desesperación, comete otro de herejía, porque niega a Dios su omnipotencia, o a la Iglesia la autoridad, que ha recibido de Jesucristo para perdonar todos los pecados, por muchos y grandes que sean.

Judas cometió este delito, porque no contó con la omnipotencia de Jesucristo para perdonarle, y en vez de llorar su traición, como San Pedro su negación, salió furioso del templo y se ahorcó (Mt. 27, 5).

Acobardase por las dificultades que trae consigo la mudanza de vida, la confesión y la penitencia; desanimarse al pensar que es necesario pelear y vencer al mundo, al demonio y a la carne, es muy expuesto a la desesperación pero abandonarse a las pasiones por estos motivos, es aquella vergonzosa y lamenta-

ble desesperación que reprendía San Pablo en los gentiles cuando decía (Ef. 4, 19), que desesperanzados se habían entregado a la disolución y a todo género de impurezas.

La desesperación es un delito que destierra hasta la última vislumbre del consuelo, y que injuria a un mismo tiempo la misericordia infinita del Señor y el poderío de su divina gracia. Todos los desesperados deben meditar esta promesa jurada: *"Por mi vida, dice el Señor..., yo no quiero la muerte del pecador, sino que se convierta y viva... Convertíos de vuestros caminos de iniquidad... La impiedad del impío no le dañará... y si se convirtiera sinceramente, sus pecados no le serán imputados"* (Ez. 33, 11 ss).

Además el cielo está poblado de penitentes: David, la Magdalena, el buen ladrón, San Agustín, Margarita de Cortona, etc.

Conviene además notar que el más común y peligroso obstáculo para alcanzar la perfección es el desaliento: Las faltas, las tentaciones, la arideces que en toda vida espiritual se encuentran, producen el desaliento en las almas y éste apaga el fervor y agota la generosidad y detiene la marcha hacia la perfección.

Mientras hay confianza cualquier obstáculo se vence, cualquier sacrificio se hace fácil, cualquier lucha es coronada con el triunfo; pero cuando el desaliento invade a un alma, ésta, sin energía y sin apoyo, fácilmente se detiene, se extravía y hasta se hunde. Por eso enseña Santo Tomás que, aunque la desesperación no es el mayor de los pecados, pues en sí mismos considerados son más graves que la desesperación, la infidelidad y el odio a Dios que se oponen a la fe y a la caridad; por parte nuestra, la

desesperación es el más peligroso de los pecados, y cita estas palabras de San Isidoro: "Cometer un crimen es la muerte del alma; pero desesperar es descender al infierno".

2) La presunción

"Así como la desesperación consiste en una falta de esperanza, así la presunción consiste en una sobra de esperanza. La presunción es una temeraria esperanza de conseguir la salvación, o sólo con el auxilio de Dios sin méritos propios, o sólo con los propios méritos sin el auxilio de Dios.

El que así piensa, comete un delito de presunción, porque espera conseguir la gloria de un modo que jamás la ha concedido Dios a los hombres que han llegado al uso de la razón, y si cree que se puede salvar o sin la ayuda de Dios o sin las buenas obras, comete otro de herejía, porque niega estas verdades de fe.

Persuadirse uno que su salvación está a su disposición; que Dios está siempre pronto a darle los auxilios para convertirse cuando él quiera; que puede diferir su conversión de un día para otro, de un año para otro; de la juventud para la edad madura y de ésta para la vejez; contar con que, si viene la muerte antes de haberse convertido, no faltarán algunos momentos para aplacar al Señor con un *pequé*..., es una presunción la más terrible y temeraria; porque ¿qué cosa más terrible que jugar así con su salvación, y exponer a la suerte el reino de los cielos? ¿Qué cosa más temeraria que disponer a su arbitrio de los auxilios de la gracia, y señalar tiempos y momentos al Autor de los tiempos y de los momentos?

La gracia de la conversión y de la salvación tiene

sus días... y sus estaciones y ¡ay de aquel que no las aprovecha! *"Yo me voy,* decía Jesucristo a los judíos. *Vosotros me buscaréis (y no me hallaréis), y morireis en vuestro pecado"* (Jn. 8, 21) (S. José G. Mazo. Catecismo).

A los presuntuosos, a los que el recuerdo de la bondad divina parece firmarlos en el mal, hay que decirles que teman precisamente porque Dios es bueno. La bondad de Dios *llora*: "Jerusalén, cuántas veces quise congregar a tus hijos... y tu *no quisiste*". Jesús lloraba sobre los habitantes de Jerusalén, porque preveía su ruina al no convertirse..., y así sucedió.

La bondad de Dios es *paciente*..., espera por ver si se hace penitencia. Ejemplo de la higuera sin fruto. Esperemos un año más a ver si da frutos de buenas obras... Y al fin esta bondad *hiere: "Os llamé y no quisísteis... También yo me reiré en vuestra ruina"* (Prov. 1, 24-26).

Acongojamos ahora a la misericordia divina que nos llama a la conversión y no nos expongamos a morir en nuestro pecado.

El mundo sin esperanza

El mundo moderno se halla triste porque ha perdido la esperanza. Puso la esperanza en los bienes de la tierra, y los desastres de las grandes guerras y de las revoluciones sociales le han venido a demostrar que era vana su esperanza. La esperanza en los bienes de este mundo es una esperanza fallida.

Hay gran diferencia entre el mundo incrédulo y el creyente. El mundo incrédulo es el que carece de fe

y camina *"sin esperanza y sin Dios"* como dice San Pablo (Ef. 2, 12). Por eso dice este apóstol: *No estéis tristes como los que no tienen esperanza"* (1 Tes. 4). Por el contrario, los verdaderos cristianos viven con la esperanza de la vida eterna.

San Basilio propone el siguiente simil: La lechuza tiene la vista muy aguda durante la noche, pero es casi ciega durante el día. Así también la vista de los incrédulos es muy aguda cuando se trata de investigar la necedad, en cambio se transforma en ceguera cuando se trata de contemplar la luz". ¡Pobres incrédulos! No tienen fe y por eso carecen de esperanza.

"¿Por qué no creen? Porque la fe es un don sobrenatural, gratuito de Dios. Cierran los ojos a la evidencia, pecan contra lo que la razón les dice. La razón es la luz del alma para ver, y éstos para ver apagan la luz de la razón (que les hace ver que la creación entera les habla de Dios inmortal y eterno) ¡Son malos! Y Dios a los que pecan contra la luz natural, les niega el don gratuito de la fe, que también es luz", y careciendo de fe, carecen a su vez de esperanza.

¡Grande es la miseria de los que viven sin esperanza en la otra vida! Tal es del paganismo, de la humanidad alejada de Dios.

Comparemos algunos epitafios paganos con los de los cristianos, ¡Cuánta diferencia! En aquellos se destaca todo el desamparo y desconsuelo del paganismo:

—*Umbra, nec umbra* = Sombra, ni siquiera sombra.

—*Fato cessit* = Dejó de vivir por el hado.
Oudeis athanatos = Ninguno es inmortal.

Veamos ahora algunos epitafios del primitivo cristianismo:

—*Zonen en theo* = Vivimos en Dios. Esta es una de las inscripciones más antiguas en la catacumbas de Priscila.

—*"Vive"*. Una sola palabra, la cristiana *zoei* = vive tiende un puente por encima de este abismo.

—Monumento de una joven de 18 años en la Galia meridional: "Eufemia perdió la muerte y halló la vida. Porque amó únicamente al dispensador de la vida en esta tierra, está unida con El en el cielo".

El fundamento de nuestra esperanza es Dios, es la vida futura, es la certeza de nuestra resurreción. Nuestra esperanza se basa en nuestra fe. San Pablo espera resucitar porque resucitó Jesucristo: *"Si Cristo no resucitó vana es nuestra fe, aun estáis en vuestros pecados". "Si sólo mirando a esta vida tenemos la esperanza puesta en Cristo, somos los más más miserables de todos los hombres"* (1 Cor. 15, 17-19).

La esperanza en la vida del cristiano

Esta virtud es importantísima por los efectos que produce en las almas que la poseen viva y actuante, pues ella hace que nos abracemos con las asperezas del deber y de la cruz, con las desgracias y sufrimientos. Pues *"los padecimientos del tiempo presente no son nada en comparación de la gloria que ha de manifestarse en nosotros"* (Rom. 8, 18).

La esperanza cristiana es la única capaz de hacer llevaderas las desgracias de la vida. Aun cuando

convirtiéramos el mundo en un paraíso económico, no haríamos desaparecer la muerte, las enfermedades, las inquietudes, etc. Por eso el apóstol nos dice: *"No queremos, hermanos, que ignoréis lo tocante a la muerte, para que no os aflijáis como los demás que carecen de esperanza"* (1 Tes. 4. 13). También la esperanza es la única capaz de sostenernos en la lucha contra las pasiones...

El que espera en Dios será *paciente* en los trabajos, pues sabe que "las tribulaciones de esta vida, como hemos dicho, *no son comparables con la futura gloria que se manifestará en nosotros"*.

Job tenía tanta pacienca en los trabajos, porque se gozaba de antemano en la futura resurección (Job 19, 25). ¿Cómo podrá estar triste aquel que piensa en los indescriptibles premios que le esperan en el cielo. San Pablo exclamaba en medio de sus tribulaciones: '*"Sobreabundo de gozo en medio de mis trabajos"* (2 Cor. 7, 4), y en otra parte: *"Morir es ganancia para mi. Deseo deshacerme y estar con Cristo" Fil. 1, 21-23), y luego: "En adelante me está reservada la corona de justicia, que me dará en aquel día el justo juez"* (2 Tim. 4, 8).

¡Cuán *alegre* murió, por ejemplo, el apóstol San Andrés, el cual, cuando vio su cruz se regocijaba con ella, y le decía: "Salve, cruz preciosa santificada por la muerte de mi Dios! ¡Por mi mucho tiempo deseada, solícitamente amada, buscada sin tregua y finalmente concedida a mi anhelamente ánimo!".

San Ignacio mártir, obispo de Antioquía, se regocijó al oír de boca del emperador Trajano su sentencia de muerte; y sabiendo que los fieles de Roma le querían librar de ella, les rogó no lo hicieran, ni le quitaran la corona del martirio. "No temo las bes-

tias feroces, ni el desgarramiento de miembros, con tal que con esto pueda ganar a Cristo''.

El santo diácono Lorenzo, apretado por el juez pagano para que entragara los tesoros de su iglesia, y condenado a morir asado en unas parrillas, se burlaba del juez en medio de su suplicio, diciéndome: ¡Ya está asado de esta parte; vuélvete y come! (m. 258).

Santa Cecilia decía al verdugo: ''Morir por Cristo es cambiar el lodo por el oro, una choza por un palacio, el polvo por una corona'' (m. 230).

La esperanza es una firme *áncora* para el alma (Heb. 6, 19). Como el áncora guarda la nave en tiempo de borrasca, así nos guarda la esperanza en la hora del sufrimiento. Sólo que el áncora, como dice Santo Tomás, se apoya en la tierra, y la esperanza en el cielo.

Así como el águila en tiempo de tormenta, se eleva sobre las nubes con sus alas poderosas, hasta las alturas donde luce el sol, así nosotros, por medio de la esperanza, nos levantamos sobre todas las solicitudes y trabajos de la tierra (Spirago. ''Catecismo'').

Todos, justos y pecadores, podemos esperar en Dios

Sólo puede esperar los bienes que Cristo nos tiene prometidos, *el que cumple los mandamientos de Dios,* o por lo menos se arrepiente de sus pecados.

1) *El pecador,* pues, puede esperar en Dios, cuando se arrepiente seriamente de sus pecados y propone enmendarse de ellos. ''La esperanza sin virtud es temeridad'' (San Bernardo).

El cruel rey Antioco Epífanes, verdugo de los siete hermanos Macabeos, cuando se vio comido de gusanos, esperaba el auxilio de Dios, pero no lo alcanzó (2 Mac. 8, 13). Lo propio acaeció a la ciudad de Jerusalén, cuando el año 70 fue sitiada por los romanos. Vanamente se espera en el Señor, cuando no se hacen buenas obras (S. Lor. Justiniano). Mas *si el impío hiciera penitencia de todos sus pecados y obrare conforme al juicio y la justicia, vivirá y Dios no se acordará de sus pecados* (Ez. 18, 21).

Manasés, rey de Israel, sedujo al pueblo y le hizo idolatrar y dio muerte a muchos profetas, por lo cual lo entregó Dios en manos de sus enemigos. Fue conducido a Babilonia, cargado de cadenas y echado en una cárcel, y allí se arrepintió de sus pecados y prometió la enmienda perfecta. Y he aquí que Dios le libró y le hizo volver a poseer su trono, y él arrasó luego los templos de los ídolos e hizo muchas buenas obras (2 Cr. 33). Esto mismo podríamos considerar en la historia de Jonás.

2) *El justo,* por su parte, puede esperar que Dios velará por todas sus necesidades. Mas fuera de esto, debe él esforzarse prudentemente por conseguir aquellos mismos bienes que espera de Dios.

Cristo nos dice: *"Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas se os darán por añadidura"* (Mt. 6, 33). Nosotros somos siervos de Dios, cumplimos su voluntad y El cuida de atender nuestras necesidades y nos da el premio.

Nuestro negocio es servir al Señor: cuidado suyo es velar por nosotros (S. Juan de la Cruz). Jamás ha sido desamparado por Dios, el que ha cumplido sus mandamientos (Eclo. 2, 12).

Dios no abandona a los suyos. Le ofenderíamos

si no tuviéramos en El grande esperanza (S. Agustín). Por eso decía San Pedro: *"Echad en Dios todas vuestras solicitudes, porque El tiene cuidado de nosotros* (1 Pet. 5, 7).

Con todo eso, nos hemos de esforzar por conseguir aquellas cosas que esperamos del Señor. Nosotros tenemos fuerzas espirituales y corporales, las cuales son como llaves de los tesoros del cielo y de la tierra. El que no quiere usar de esas llaves, ese quiere padecer miseria, pues Dios sólo entonces acude en vuestra ayuda, cuando nuestras fuerzas no alcanzan.

"Debemos esperar lo mejor, obrando, al propio tiempo, lo más perfecto" (S. Carlos Borromeo). Esperar auxilio sin hacer lo que está de nuestra parte se llama tentar a Dios (S. F. de Sales).

El que quiere alcanzar de Dios la salud, pongo por caso, ha de emplear al propio tiempo aquellos medios que conducen al recobro de ella. Aunque san Pablo había recibido de Dios el don de sanar enfermedades, aconseja a su discípulo Timoteo que beba un poco de vino, para restablecer sus fuerzas (1 Tim. 2, 23). Si uno, por ejemplo, está sin trabajo, aplíquese a buscarlo, y entonces espere que Dios le ayudará a encontrarlo... Y lo mismo digo de cualquier otra necesidad en que el hombre se halle. "Ayúdate y Dios te ayudará", dice el proverbio.

En consecuencia: El pecador tiene motivos para esperar, pues, como tenemos dicho, Dios es misericordioso, y por nosotros y por nuestra salvación bajo del cielo y vino a este mundo a salvar a los pecadores. ¿Qué nos dicen las parábolas del hijo pródigo, de la oveja perdida, los ejemplos de la Magdalena, el buen ladrón, etc? Todo nos hace esperar en el

Señor. *Ninguno esperó en El y fue confundido* (Eclo. 2. 11).

Y todos debemos esperar en Dios, porque El es nuestro Padre que todo lo puede, infinitamente bueno y El es fiel en sus promesas.

Como dice San Pablo: *"Los cristianos viven con la esperanza de la vida eterna, prometida por Dios que no miente"* (Tit. 1, 1-2).

¿Cómo tenemos que vivir?

Tenemos que vivir como ciudadanos del cielo, porque, como nos dice San Pablo *"nuestra ciudadanía está en los cielos"* (Fil. 3, 20).

Sabemos que *"somos peregrinos y huéspedes sobre la tierra"* (Heb. 11, 13), y que *no tenemos aquí una ciudad fija, sino que vamos en busca de una que se eterna"* (Heb. 13, 14), y como peregrinos que somos *"mientras moramos en este cuerpo, estamos ausentes del Señor* (esto es, de su visión), *porque caminamos en fe y no en visión..."* (Rom. 5).

Nuestro deber es avivar la fe con la lectura y estudio de la Biblia o palabra de Dios, y fortalecer la esperanza pidiéndosela a Dios y considerando su bondad que nos creó para hacernos partícipes de su gloria; que nos amó hasta dar a su único Hijo en precio de nuestra redención...

También debemos contemplar la grandeza del premio que nos espera en el cielo, y si bien lo pensamos, atendiendo a la brevedad de la vida, podemos decir que lo estamos tocando con la mano.

Ocupado nuestro corazón del vivo deseo de aquella gloria inmensa y eterna que nos está preparada

en el cielo, nada habrá difícil para nosotros a cambio de conseguirla.

El penoso ejercicio de las virtudes, los rigores de la penitencia, las calamidades de la vida, la pérdida de los bienes y los honores, las persecuciones, los desprecios, los dolores, las enfermedades, la muerte..., todo nos será sufrible y llevadero, todo lo suavizará la esperanza. ¿Quien hizo amables a los justos las soledades, y sufribles a los mártires los más penoso destierros y los más espantosos tormentos? ¿Acaso no fue la esperanza de recibir en premio el amor eterno de Dios y la bienaventuranza prometida del cielo?...

Por esta razón nuestra esperanza debe ser firme y perseverante. El santo varón Tobías no se entristeció por haber perdido la vista, ni murmuró tampoco contra Dios, que así lo había afligido, sino que permaneció firme en el temor de Dios y en la esperanza. Sus parientes y allegados se burlaban de su conducta, diciéndole: *¿Dónde está aquella tu esperanza que te hacía dar tantas limosnas y sepulturas a los muertos?* Pero Tobías les reprendía, diciéndoles: *No habléis así porque somos hijos de los Santos, y esperamos aquella vida que Dios ha de dar a los que no abandonan su fe* (Tob. 2, 13-18).

Pensemos más en el cielo, nuestra verdadera Patria, hacia el cual caminamos, pues el pensamiento del cielo, no absorbe toda posible iniciativa y progreso temporal, como dicen los adversarios de la religión, antes bien, lo impulsa y encauza. San Pablo nos dice que pongamos muestra esperanza en Dios, y por eso pide a los Tessalonicenses que *"no pongan su esperanza en lo inseguro de las riquezas, sino en*

Dios, que nos provee expléndidamente de todo para que lo disfrutemos" (1 Tes. 6, 17).

La religión, cuando ordena mirar al cielo y obrar por él, no proscribe el esfuerzo por conseguir mejoras terrenas, sino tan sólo lo que pueda hacer de egoismo y apego avariento a los beneficios de éstas. No dice olvídate de la tierra, sino fecúndala para conseguir el cielo.

Dios que nos ordena trabajar, mediante nuestro trabajo conseguiremos el cielo...

"Vivamos, pues, sobria, justa y piadosamente en este siglo, con la esperanza en la venida del gran Dios" (Tit. 2, 13).

Alegrémonos con la esperanza del premio (Rom. 12, 12). Esperaremos siempre en Dios, como el salmista (71, 4) y digamos con él: *"Consérvame, Señor en la perseverancia, porque siempre he esperado en Tí"* (Sal. 17). El Santo Job dice: *"Aun cuando Dios me matase, todavía esperaría en El"* (13, 15). Esperaremos, pues, mientras dure nuestro aliento; esperaremos en Dios durante la vida y en la hora de la muerte...

(Como complemento de este libro pueden verse estos otros míos: *"Vamos de camino", "Somos peregrino", ¿Existe el cielo?, etc.).*

INDICE

PRESENTACION
— FE, ESPERANZA Y CARIDAD
— La fe es fundamento de la esperanza
— La esperanza nos fortifica y sostiene
— La esperanza en el más allá
— Nuestra esperanza debemos tenerla en Dios
— ¿Qué es la esperanza cristiana?
— El objeto y fundamento de la esperanza
— Cualidades que debe tener nuestra esperanza
— Ejemplos de algunos santos
— ¿Qué necesitamos para conseguir el cielo?
1) La desesperación y 2) la presunción
— El mundo sin esperanza
— La esperanza en la vida del cristiano
— Todos, justos y pecadores, podemos esperar en Dios
— ¿Cómo tenemos que vivir?

OTRAS OBRAS DE
D. BENJAMIN MARTIN SANCHEZ

1. BIBLIA

4001 **La Biblia más bella,** con 80 páginas a todo color.
4002 **La Biblia a tu Alcance,** con 80 páginas
4003 **Catequesis Bíblicas**. En 15x20, con 88 páginas
4004 **Catecismo de la Biblia**. con 42 páginas
4005 **Historia Sagrada**, con 96 páginas ilustradas
4006 **Nuevo Testamento Explicado**, con 452 páginas
4007 **Tesoro Bíblico Teológico**, con 124 pág.
4008 **Evangelios y Hechos Apóstolicos Ilustrados,** 112 pág
4009 **Dios te habla**. Con palabras de la Biblia. Con 64 pág.
4010 **Ejercicios Espirituales Bíblicos**, con palabras de la Biblia
4011 **¿Que es el Evangelio?** Su valor extraordinario.
4012 **Los Salmos Comentados,** los 150 salmos explicados
4013 **Vidas y Hechos de los Apóstoles**. Ilustrados, 160 páginas
4014 **Nuestro Caminar Bíblico**, meditaciones bíblicas.
4015 **Máximas Sapienciales,** llenas de sabiduría.
4016 **Curso Bíblico Práctico.**
4017 **Dificultades de la Biblia.** Explicadas correctamente
4018 **La Biblia en Meditaciones**, con 356 páginas
4019 **El origen de la Biblia**, que viene de Dios.
4020 **Dios nos habla a Todos**, la Biblia son sus palabras.
4021 **¿Qué es la Biblia?**, la historia más maravillòsa
4022 **Los Milagros de la Biblia**, nos revelan su carácter divino
4023 **Las Profecías de la Biblia**, y su cumplimiento.
4024 **La Palabra de Dios ¿Cómo debe ser enseñada?**

4025 **Dios habla a los Hombres**, en la Biblia están sus palabras.
4026 **¿Por qué leer la Biblia? y cómo leerla**
4027 **Breve Historia del Pueblo de Israel,** con 160 páginas
4028 **370 Pensamientos Bíblicos**. Reflexiones importantes
4029 **La Buena Noticia**. Es el Evangelio, con 48 páginas

2. DIOS

4040 **¿Existe Dios?**. Pruebas que lo demuestran, con 40 pág.
4041 **¿Qué sabemos de Dios?.** Explicación de quién es Dios.
4042 **El Dios Desconocido.** Tratado sobre sus perfecciones
4043 **Dios todo lo ve**. En Él estamos y vivimos
4044 **¿Quien es Dios Padre?**
4045 **¿Quien es el Espíritu Santo?**,con 40 páginas.
4046 **Dios y el Hombre**. Sus relaciones
4047 **La Bondad de Dios.** Es infinita, con 56 páginas
4048 **Dios se hizo Hombre**, sus relaciones
4049 **Dios y Yo,** nuestras relaciones
4050 **La Misericordia de Dios.** Es muy grande
4051 **En manos de Dios.** Confianza en la Providencia.
4052 **Dios en la Biblia**. Búscalo y lo encontrarás.
4053 **Dios habla al Mundo de Hoy,** escúchale.
4054 **¿Qué es el Hombre ante Dios?.**
4055 **El Problema de Dios**, Dios no es un problema.
4056 **Temed a Dios**, que castiga el mal y premia el bien.
4057 **No te Alejes de Dios**, vive en su presencia
4058 **El por qué de los castigos de Dios**
4059 **Ejemplos que nos hablan de Dios**